

•

SOBRE LA INTERVENCIÓN DEL CLERO EN LA ENSEÑANZA PÚBLICA

MEMORIA leída por **D. Miguel Sanz**, en las sesiones **de 5 y 25** de Octubre de **1864** y **24** de Enero de **1865**.

PRIMERA PARTE.

En medio de lo que se habla y se escribe sobre la necesidad de secularizar completamente la enseñanza excluyendo al clero de toda participación, y en vista de 103 sofismas con que se pretende probar que la enseñanza religiosa es un obstáculo para la civilización de los pueblos, me he creído en el caso de decir algo sobre el asunto, aunque sea brevemente, ó al menos no con la latitud con que pudiera tratarse esta materia.

Lejos de que la enseñanza religiosa sea un obstáculo para el progreso de la civilización, creo firmemente que contribuye á ello en gran manera, y que ha sido y es uno de los más poderosos elementos para obtener el resultado apetecido.

Ante todo se hace preciso definir la civilización. No tomaré aquí esta palabra en el pueril sentido de los que sólo miran la corteza del hombre, sino en el de los que penetran en su fondo, y aun más en el sentido levantado que le dio y le sigue dando el cristianismo.

La civilización es cosa harto más grande que los caminos de hierro, que la telegrafía eléctrica, que los buques de vapor, que los cañones rayados, y los milagros más ó menos babilónicos de la industria contemporánea. Se puede muy bien tener todo esto y vivir en la barbarie; porque todo esto es cosa que sólo al cuerpo afecta inmediatamente, mientras que la verdadera civilización es asunto inmediato de las almas. *Civilización* es una palabra que no sería necesario definir, si la mentira y el sofisma no estuvieran sembrados hoy en los espíritus como el polvo en la atmósfera que respiramos. *Civilización*, es decir, cultura de los corazones, elevación de las almas, vida modelada por las fases superiores que miran al Cielo y buscan lo infinito, acción recíproca de las inteligencias en las inteligencias, de los corazones en los corazones, de las almas finalmente en las almas, ilustrándose, depurándose, engrandeciéndose por su mutua comunicación, y dando por resultado general é inmediato de esle recíproco comercio de los espíritus el acrecentamiento y la elevación del sentido moral, criterio infalible de la perfección social, termómetro de la civilización sólida y verdadera.

Cuando quiera que las sociedades vean consumarse grandes atentados y ostentarse enormes crímenes sin que las almas se encuentren desinteresada y profundamente consternadas; cuando quiera que el espectáculo de las grandes virtudes y de los sacrificios sublimes no alcancen á llamar poderosamente la atención de las inteligencias ni á conmover los corazones; entonces señal es infalible de que el nivel de la civilización está muy bajo en esas sociedades, sea cual fuere su esplendor material. En la depresión de su sentido moral, llevan impresa la marca de su decadencia, á pesar del ferro-carril, del vapor y del telégrafo.

Por el contrario, cuando las almas se sienten heridas por todo golpe asestado contra el derecho, contra la virtud, contra la santidad, contra la justicia; cuando la vista del bien opri-

mido suscita contra el mal triunfante, iras nobles y santas indignaciones; cuando los espíritus, generosamente agitados al aspecto de cualquiera grandeza moral, responden con ecos simpáticos á todo lo que es puro, á todo lo que es bello con hermosura inmaculada; cuando se percibe el concierto de los espíritus vibrando al unísono de la verdad y de la justicia, inundando con aplauso unánime y con espontáneas aclamaciones las grandes causas heroicamente defendidas y los infortunios ilustres noblemente sobrellevados; cuando en todos los grados de la gerarquía social, se llena el fondo de las almas con una voz resonante y más poderosa que la voz de todos los intereses egoístas y de todos los triunfos de la ambición, de la intriga y de la fuerza; cuando, por decirlo de una vez, el sentido moral de los pueblos es delicado y profundo: allí ya podemos decir que la civilización es grande, porque el nivel de las almas es alto y la misma fuerza civilizadora tiende vigorosamente á enaltecerlo de continuo y á sublimarlo cada día á una esfera superior.

Pero cuando se ve que la sociedad se desentiende de los deberes morales: cuando los vicios más feos, la deslealtad, la ingratitud, la inconsecuencia, la loca ambición, la sórdida codicia, los torpes amaños, la mentira erigida en sistema, la simulación, el desprecio del verdadero honor, la hipocresía y los crímenes se ven con estoica indiferencia, ó se aplauden y defienden, no hay verdadera civilización.

Cuando se propagan doctrinas disolventes; cuando no se respeta el vínculo conyugal como ley universal de la familia: cuando el suicidio, supremo atentado que revela la extinción del sentido moral, se haya hecho común en los pueblos; cuando este crimen que llenaba de espanto á nuestros mayores, apenas llame la atención y tenga hasta francos apologistas: cuando se celebra como rasgo de ingenio el indecoroso ardid de las tramas y alevosías; cuando no se repara en perjudicar los intereses ajenos, en calumniar á las personas, en empobrecer

»

á los demás para adquirir cuantiosos capitales; cuando no se aspira más que á los placeres del mando, de la riqueza y de la sensualidad, sallando por encima de todas las consideraciones sociales, allí no hay verdadera civilización: allí existe en toda su deformidad el imperio de la barbarie.

En toda sociedad donde se vea una conspiración constante contra las buenas costumbres: en toda sociedad inundada con obras en que no haya crimen contra Dios, contra las leyes, contra las públicas potestades que no tenga disculpa y acaso una descarada apología: donde no se atienda á los intereses públicos sino á las exigencias del egoismo: donde los cargos oficiales se confieran á personas indignas, habida consideración tan sólo al favor y al cálculo é interés que pueda tener el distribuidor de los cargos ó las gentes que le rodean: donde se dan leyes para no cumplirse y órdenes y decretos por el bien parecer y no más, y luego se eluden con interpretaciones insidiosas y se hace alarde de escarnecer á la autoridad y á las leyes: donde se mantenga tenazmente una lucha de intrigas y de escándalos: allí no hay verdadera civilización: allí está la barbarie: allí el caos, y allí la sociedad al borde del abismo.

En las naciones en que haya gerarquía social y conciencia pública, y en que no se turbe la paz más que en la superficie; es decir, en el orden de los hechos y no en la esfera de los principios, de modo que las dinastías y los gobiernos puedan pensar en el día de mañana y los pueblos en lo por venir: allí está la civilización; pero donde no haya gerarquía social compuesta de elementos naturajes é históricos: donde las libertades públicas han sido absorbidas por la centralización: donde la conciencia pública, profundamente alterada, tan sólo se rebele contra la desgracia; y los fundamentos de la familia, de la propiedad y del orden social se encuentren diariamente amenazados, y los reyes en sus tronos mal seguros, semejen marineros abrazados á los mástiles durante la tempestad; y el

ruido de un trono que hoy se hunda anuncie la caída del trono que se hundirá mañana: y los pueblos descontentos alimenten en el fondo de su corazón odio á toda superioridad, ardiente deseo de todo linaje de go'ces, aversión á todo freno, y donde finalmente la única garantía del orden sea la fuerza material, allí no existe la civilización.

Si en nada hay seguridad: si el que tiene sus fondos en papel del Estado, puede acostarse millonario y levantarse al día siguiente arruinado por completo: si el que tiene fábricas sueña con la insurrección de los operarios, con la paralización del trabajo, con el incendio y la muerte: el propietario territorial oye que se predica que la propiedad es el robo: el que tiene estados, sabe que los estados desaparecen en virtud de una *anexión*, ó con otro cualquier pretexto: el que ciñe corona sabe que los reinos están tan inseguros como los fondos que se cotizan en la bolsa: si se ven el naturalismo en religión, el enflaquecimiento del sentido moral, el desprecio de la autoridad, el mal ejemplo de los padres, la insubordinación escandalosa de los hijos, la disipación de las mujeres, el reinado del sensualismo, la mala fe en los contratos, la deslealtad, la falta de decoro, el embuste y la superchería convertidos en sistema: estos hechos revelan que no existe la verdadera civilización.

Los adelantos de la industria, por sí solos, no son, no pueden ser la civilización; no son sino el desarrollo de los intereses materiales y el aumento de ciertos goces. Ese desarrollo y ese aumento son resultados de la civilización, sí: pero no constituyen su esencia. La dominación creciente sobre la naturaleza física es un progreso: pero el hombre, perfeccionando la materia, puede llegar á ser su esclavo, rebajarse en el orden moral y perder y anular por completo los elementos sociales, los principios de moralidad, sin los que la civilización desaparece.

Y como la moral pura, base de la civilización, procede del

Evangelio; como su propagación y custodia ha sido siempre la obra de la Iglesia; como su doctrina estableció el imperio de la virtud sobre pasiones antisociales y bastardas, es innegable que la enseñanza religiosa lejos de ser un obstáculo para el progreso de la civilización, es al contrario, para ella, un elemento de vida y de progreso.

En la historia de los pueblos aparece una tendencia general á confiar al sacerdocio la educación moral de la juventud. Entre las naciones gentílicas, desde Jenofonte y Platón, y en las cristianas, desde el nacimiento del cristianismo, existe sobre este punto un acuerdo completamente unánime, y la razón es bien sencilla: el dominio de las almas pertenece á la religión: ella forma los corazones: ella inspira todos los deberes sociales: ella reprime todas las pasiones perturbadoras del orden en la sociedad y en la familia: deberes que, exactamente cumplidos, constituyen la verdadera civilización.

Los ministros del Evangelio son muy competentes para eliminar de la enseñanza todo cuanto pueda ser contrario á la moral: la inflexibilidad de sus principios es la mejor garantía: las deducciones de la ciencia no pueden ser acomodaticias: las complacencias calculadas siempre son en detrimento de la verdad, menoscaban la justicia y llegan á corromper la moral. El sacerdocio marcha al través de los tiempos, y como la justicia, hiere sin piedad cuanto está al alcance de su espada.

En la enseñanza de los principios morales, la iglesia y el sacerdocio no han retrocedido en presencia de las pasiones, aunque ellas se mostrasen imperiosas y exigentes: no les ha señalado una línea, dándolas á entender, que si se empeñaban en pisarla, la iría retirando: fijó una línea si, pero inmóvil: en vano luchan por salvarla: no hay ni sombra de esperanza: la moral, en manos del sacerdocio, no es elástica: no se pliega á exigencias y caprichos, á teorías y á sofismas: la verdad siempre es una, siempre inalterable: confiad á otras

manos la conservación de la moral, y al poco tiempo será el caos.

Se declama contra esa inflexibilidad del sacerdocio, y el superficial declamador no sabe que cuando se trata de sojuzgar las pasiones, es preciso oponerlas un valladar insuperable: entonces se sublevan contra el obstáculo que las resiste; pero encontrándole inmóvil, retroceden, se abaten, y cual las olas del mar embravecido que chocan con el peñasco, se humillan y se acomodan murmurando al nivel que se les tiene señalado.

Es preciso persuadirse de que la educación tiene menos por objeto hacer á los jóvenes sabios, que hacerles buenos y muy capaces de practicar las virtudes generales y las propias de la profesión ó estado á que se les destina.

La instrucción tiene por objeto iluminar y desenvolver la inteligencia. El profesor puede compararse á un hábil maestro de armas que enseña los mejores métodos para la esgrima. La sociedad gana en ello por el valor, destreza y energía de sus individuos: pero ¿es para el bien ó para el mal? ¿á favor de la injusticia ó del derecho? La instrucción no lo decide: quien lo decide es la moral: la instrucción da la ciencia: pero esta no es suficiente para formar el hombre: es preciso preferentemente haber formado su conciencia. Esto no puede negarse sino por esos hombres funestos, que negando la moral, reducen el móvil de la humanidad á un simple balance entre el provecho y la pérdida.

Se ha dicho que la literatura puede formar la conciencia despertando la idea de lo bello, y formando el sentimiento de lo bueno: pero este medio es insuficiente para moralizar los pueblos; no todos pueden dedicarse á los estudios literarios: además de que las bellas letras elevan el alma pero no la dan preceptos concretos y metódicos: la disponen á reconocer los acentos de la sabiduría y de la virtud; pero no se los hace oír en todo su vigor y en su debido encadenamiento. Semejante enseñanza, vaga é indeterminada, se parece á las indefinibles

armonías de la noche , á las formas movedizas de la nube y á todo lo que en la naturaleza se adapta dócilmente á los sentimientos del alma.

Necesita la conciencia un guia más seguro: y ¿cuál deberá ser éste? La filosofía, dicen algunos críticos: la literatura, dice algún moderno literato: la religión, dicen los pueblos, dicen la historia y la experiencia de los siglos. Los más ardientes partidarios de Ja filosofía confiesan francamente que ésta ha contribuido muy poco á la grande empresa. No ha tenido acción directa sobre las almas sino en muy escasas proporciones, y en el estrecho recinto de alguna escuela filosófica. Cuando su influencia ha llegado á ser muy general, ha obrado siempre bajo el prestigio de la autoridad religiosa y con la enseñanza del sacerdocio, que siempre ha presidido á la educación del individuo y de los pueblos.

¿Es esto acaso una ley eterna déla humanidad, ó una necesidad transitoria? El problema para nuestra fe no es dudoso. Bajo el punto de vista de los principios de una educación sana y lógica, nos parecen igualmente desprovistas de fundamento las pretensiones de la filosofía; y he aquí las principales razones.— Aunque las verdades primeras de la moral hayan sido siempre hasta ahora prestadas por la religión á la filosofía; aunque las anliguas tablas de Moisés sean siempre la expresión más elevada de las ideas del bien, queremos admitir gratuitamente y por un momento que la filosofía, dejando de dar el espectáculo de la contradicción, llegue á reunir en una sola escuela todas las opiniones sobre la moral; queremos admitir que en el botin que la filosofía conquista en sus largas y peligrosas correrías, la razón general pudiera distinguir al fin lo que es de buena y de mala ley, y que pudiésemos obtener, por último, un manual completo é incontestable de la moral filosófica. —¿Es esto todo? Esta concordia y este libro, ¿serian bastantes para arrebatár á la religión el cetro de la moral y trasmitirlo á la filosofía? No, ciertamente; la filosofía tiene otras

dificultades que vencer. — ¿En nombre de qué autoridad daría el filósofo la enseñanza de la moral? Su principio es el libre examen y su instrumento la duda: el sacerdocio, sin omitir la demostración en los casos convenientes, impone la moral por la autoridad y por la fe: habla en nombre de Dios, y de este modo fija la inteligencia y subyuga el corazón. Además, que un genio poderoso como el de Descartes, después de haber nutrido su espíritu con toda clase de conocimientos, declare que la duda y el examen le han conducido á confirmar demostrativamente las verdades religiosas: que ciertas naturalezas privilegiadas, pero muy pocas, puedan por la misma escala elevarse á tanta altura, pase; pero que esto sea aplicable á la especie humana en general: que la inmensa mayoría de los hombres pueda hacer lo que Descartes, sería la más peligrosa de todas las utopías.

Todo sistema religioso entraña el principio de que la autoridad es necesaria. Y ¿qué es la autoridad? Una superioridad indeclinable que produce la obediencia y la veneración. El hombre no quiere obedecer al hombre, porque una voluntad vale tanto como otra. El hombre no puede venerar al hombre, porque el hombre es demasiado pequeño delante de su semejante, demasiado igual á él por la debilidad de la vida, é identidad de la muerte. Es preciso, por tanto, que la autoridad sea más alta que el hombre; es preciso que tenga el carácter de omnipotente; es preciso que la autoridad sea el mismo Dios.—Arquímedes pedía para levantar al mundo un punto de apoyo situado fuera de la tierra. La religión ha apoyado en Dios la palanca que mueve el mundo de las inteligencias.—Quitad á Dios de este mundo, el hombre no deba nada al hombre, la sociedad no es ya posible, y todo deber cesa donde sólo el poder humano existe. Así expresaba Cicerón la convicción de los pueblos antiguos. Cicerón, bajo los pórticos de Roma, en medio de sus amigos y de sus admiradores, podía entregarse á excépticos discursos y á divertidas chan-

zonetas sobre las divinidades populares. En el silencio de su gabinete revestía con formas admirables severos pensamientos, y se complacía en proclamar la necesidad y la pureza de la idea religiosa. Sócrates, en las calles de Atenas, se complacía en poner en evidencia las contradicciones del docto gentilismo. Pero como para reparar por un ejemplo solemne los perjuicios causados al espíritu religioso, en las puertas de la eternidad dispuso el sacrificio en las aras de Esculapio. ¡Tan religioso es el hombre por su propia naturaleza!—En presencia de esta tendencia irresistible del hombre, un Padre de la Iglesia no vacilaba en decir que la autoridad de la más falsa y de la más impía de todas las religiones era todavía superior á la más sublime y á la más tierna de todas las filosofías. — ¿Es esta la sola ventaja de la Religión sobre la filosofía? No: es evidente además que, no sosteniéndose la moral sino con ayuda del dogma religioso, la moralidad no puede existir independiente del culto.—Extraviado por su gran corazón, Platón ha dicho que conocer el bien y poder hacerle, es todo uno. Más sagaz observador de la naturaleza humana Ovidio, ha consignado en términos enérgicos la indisputable debilidad del hombre.—*Video melliora proboque, deteriora sequor*.

Tal es el grito del hombre: su voluntad no está en equilibrio: no puede encaminarse con igual energía por el camino del bien ó por el camino del mal: el instinto hacia lo malo le arrastra con más fuerza. La influencia de la filosofía no es bastante para evitarlo. Aristóteles, Cicerón y Séneca lo reconocieron expresamente.

Pero vayamos más lejos. Aun cuando el filósofo llegase á poner un dique insuperable al oleaje de sus pasiones: aunque así se concediera, que yo no lo concedo, poco habríamos adelantado, porque la moral no es sólo para las inteligencias privilegiadas, sino que es necesaria para toda la humanidad. Marco Aurelio decía: me rio de esos políticos pigmeos que pretenden hacer vivir á un pueblo entero la vida del filósofo.

¿Qué hubiera dicho este Emperador de los que no quieren dar á la dirección moral más guías que el filósofo y el literato?

Un ilustre filósofo contemporáneo (Cousin) dice quién ha de ser este guía: oídlo: «sin la religión, la filosofía, reducida á lo que laboriosamente puede arrancar de la razón natural, se dirige á un número muy pequeño, y es bien seguro que no ejercerá grande influencia sobre las costumbres, ni sobre la vida de los hombres: esta filosofía es una religión, y esta religión es necesariamente el Evangelio.»

¡Confesión preciosísima! ¡Palabras propias para hacer comprender la profundidad del cristianismo, que no se concreta á la enseñanza de la moral, sino que facilita la observancia de los preceptos: comprende simultáneamente la teoría y la práctica! Y este es el distintivo de los Institutos religiosos dedicados á la enseñanza.

Estas sencillas consideraciones son suficientes para colocar á la religión á una altura infinita por encima de la filosofía, en cuanto concierne á la formación de la conciencia.

Hé aquí la función verdaderamente sacerdotal: el sacerdocio es el brazo de la religión: es la autoridad que habla en nombre de Dios ilustrando la inteligencia y enderezando el corazón.

Resulta de todo que la educación moral no está mal en manos del sacerdocio, y no me admira esa tendencia general á confiarle este encargo. Es cosa digna de notarse. No son únicamente los pueblos más religiosos y en las épocas de mayor piedad cuando se ha confiado la educación moral al sacerdocio. En esas naciones y en esos siglos se comprende fácilmente; pero que el mismo fenómeno se reproduzca en las sociedades más indiferentes y en épocas de impiedad, esto es cosa muy notable. En tiempos de religiosa decadencia, cuando la duda entristece los ánimos y despedaza el corazón, son muchísimos los que envían sus hijos á aumentar el número de alumnos de la enseñanza sacerdotal. La Francia cuenta hoy

ochenta y seis congregaciones de religiosas dedicadas á la instrucción de la juventud, dirigiendo cerca de nueve mil escuelas, que añadidas á siete mil quinientas á cargo del clero secular, y otras que dirigen los obispos, forman un total de diez y seis mil escuelas, con cerca de un millón de educandos de uno y otro sexo.

Entro ahora á contestar á las objeciones que preveo. ¿Queréis (se me dirá) que la enseñanza esté toda en manos del sacerdocio? No. Lo que queremos es que si para la enseñanza de las ciencias en todos los ramos hay eclesiásticos de reconocida aptitud, no sean excluidos por prevenciones odiosas: que las leyes, en observancia del Concordato, hagan efectiva la inspección que tienen los obispos sobre la enseñanza que se diere, y que por lo respectivo á la educación moral de la juventud, sean decididamente protegidas las corporaciones religiosas que por su instituto están destinadas á este objeto.

Se ha dicho que la enseñanza del clero y seglares que la siguen, se limita á la filosofía de Aritóteles, á una dialéctica embrollada, á una literatura caduca y al estudio de las lenguas muertas. Yo digo que, esto no es exacto. Pues sobre que el clero en el siglo pasado y en el actual tiene muchos individuos dedicados á las ciencias exactas y al estudio de la naturaleza, y maestros insignes y académicos en los más distinguidos cuerpos científicos del continente europeo, no puede llevarse en paciencia que se hable con ese desprecio de la antigua sabiduría.

Genios hay superficiales, faltos de luz y sobrados de presunción que miran con desden á esa atigüedad prodigiosa cuyas obras no han saludado, y tal vez ignoran su existencia. Para ellos todo lo antiguo es despreciable: lo nuevo solamente es digno de nuestros cultos. Hay por otra parle caracteres tenaces y protervos que miran con ceño ó con la sonrisa del desprecio los adelantamientos modernos. Para esta clase,

- también lastimosamente preocupada, sólo lo antiguo es respetable: lo nuevo, quimérico y peligroso. Un término medio, señores: á mi la docta antigüedad me inspira un sentimiento de admiración y de asombro; pero, al mismo tiempo, el estado
- actual de algunas ciencias y el refinamiento á que han llegado ciertos ramos del saber, me complace sobremanera y me anuncian un porvenir preñado de gloria y fecundo en esperanzas, siempre que la sociedad no se desentienda de cultivar las ciencias morales y los estudios religiosos, que son su base y el cimiento en que la sociedad estriba.

- Proclaman los unos el mérito de la antigüedad, y ornan con laurel la frente de sus héroes: estoy de acuerdo; pero dejadme también tejer guirnaldas en loor de los modernos. Arrebatados de un exagerado cosmo-politismo cantan los otros por el rápido vuelo que toman las ciencias naturales con aplicación á las artes: al considerar que el mundo toca el apogeo de su prosperidad, *gocemos*, dicen, y gozan, y el entusiasmo hierve en su pecho, sus ojos centellean de regocijo, sus arterias se oyen latir, su mano pulsa el laúd, y en sus labios resuena el eco de la victoria. Enhorabuena: cantemos; pero dejadme también templar mi ruda lira y entonar himnos en gloria del saber antiguo: dejadme que rinda el homenaje de mi veneración al profundo saber de los siglos que pasaron; y adviértase que no soy yo sólo quien se postra ante esas aras: es la Europa moderna, y el Gobierno de S. M. Católica, quedando en sus diversos planes de instrucción pública un esclarecido testimonio de imparcialidad y de justicia, ha sabido hacerla muy cumplida á lo antiguo y á lo nuevo, realizando el conocido apotegma de *nectere prisca novis*.
-

El estudio de las lenguas muertas, á que tanta afición ha mostrado siempre el clero; el estudio del griego, del árabe, del latin, la antigua literatura, ciertos ramos de la metafísica, son hoy estudios europeos, porque no hay hombre medianamente docto que no esté convencido de su necesidad indispu-

table. No caducaron no, estos estudios, ni los idiomas precisos para llevarlos á término con todo el grado de perfección posible. Mas ¿se les denomina *lenguas muertas*? Sí, en cuanto no son hoy el lenguaje común de las naciones; pero *¡muertas* en cuanto á que su estudio sea extemporáneo! No: no muertas; *
 llamadlas mejor inmortales: sólo podrían descenderá la tumba, cuando la ignorancia asentase su trono sobre la faz de la tierra. Sin esos idiomas: ¿cómo pudiera facilitarse á la juventud estudiosa el acceso á las fuentes primitivas del saber, á esos perennes manantiales de lo sublime y de lo bello? ¿Cómo se la pudiera colocar en posición de conocer por sí misma aquellos tipos de perfección, aquellos filósofos profundos, aquellos historiadores gallardos, aquellos poetas insignes, aquellos oradores eminentes, que por la agudeza de su ingenio los unos, por la facundia de su imaginación los otros, y todos por el rico caudal de sus ideas, han adquirido tal prez y tan glorioso renombre y mantenídole con creces al través de tantas y tan diversas generaciones, y que ha conservado el clero en el seno mismo de la desolación y las catástrofes? ¿Sin la lengua griega, cómo podría haberse penetrado en los arcanos de la filosofía ni apreciarse en su justo valor las obras estupendas de Solón y de Tales, de Pi-tágoras, de Plutarco, de Diógenes y Platón? Pero, ¿qué hay de útil en estas producciones? ¿que?: la lógica, la moral, la metafísica, los elementos de la legislación universal, y. aun diré más, la clave para nuevos adelantos en la historia natural, en la astronomía y en la física. ¿Quién diría que aquellos estudios han dado á la moderna astronomía luz para descubrir el recóndito fenómeno sobre la disminución sucesiva en la oblicuidad de la eclíptica, secreto •
 conocido ya por los astrónomos del Egipto? ¿Quién diría que de allí proceden los medios de medir las distancias de los cuerpos celestes, su diámetro respectivo y la magnitud de sus órbitas? ¿Que Copérnico, el sacerdote Copérnico. no inventó, sino que sacó de la tumba y del olvido la esencia de su sistema

planetario, y que las matemáticas, el ídolo de los filósofos modernos, no deben tal vez menos á los griegos que á nuestros más sublimes analíticos?

Sin la lengua latina, que tanto ha cultivado y cultiva el clero, y que entre cierta clase de gentes es un objeto de escarnio; sin la lengua latina, ¿cómo podrían saborearse las bellezas de Lucrecio y Juvenal, de Horacio, de Marcial, de Ovidio y del célebre Mantuano que tan elevado asiento ocupa en el Parnaso, y las inmortales producciones de Marco Tulio, que supo reunir la sutileza de Lisias, la suavidad de Isócrates, la plenitud de Demóstenes y la abundancia de Platón? ¿cómo prodriamos apreciar en Séneca la sublimidad de las sentencias, en Salustio, la fluidez de la narración y la elocuente sencillez en los comentarios del César?

Sin la lengua hebrea, que con tanto empeño se ha enseñado y se enseña por el clero, las páginas sagradas, ese modelo inapreciable de sabiduría y elocuencia, no pueden consultarse en su texto original. Allí bebieron los sabios y de allí sacaron las ideas más profundas y los sentimientos más elevados que afectan el corazón humano y le conmueven y le elevan á una altura indefinida, el germen fructífero de la civilización, de la confraternidad heroica y su misterioso magnetismo. Los oradores se anegan en ese piélago de luz, y á los mejores poetas la cítara se les ha caído de las manos; porque no es dado á la criatura remontar su vuelo á esa región inaccesible. Habla allí la sabiduría del Eterno, y enmudece la ciencia del mortal: retumba la voz del cielo, y la tierra tiembla y calla: el numen de la persuasión está sentado en los labios del Profeta, y cuando habla él inspirado, de su boca no sale una voz, sino que rompe el trueno, y su palabra es el rayo: es á la vez la ira de Dios que toca los montes y humean, y que enviando su aliento abrasador sobre los imperios de la tierra los devora como una paja: quien habla es la Omnipotencia: es el Ser de la pujanza, que manda y es obedecido: á los hombres que se

postren: á los siglos que marchen: á los astros que hagan alto: á los destinos que se cumplan: es, en fin, la inmortalidad en frente del polvo y de la nada.

La Iglesia, que ha promovido estudios tan importantes, es acreedora por ello á los más altos elogios, lo mismo que los eclesiásticos que se han dedicado y se dedican en una gran parte de la Europa á su cultivo y enseñanza.

En cuanto á la historia natural, es mucho lo que ella debe á las misiones, y especialmente á los PP. de la Compañía, que corriendo por montes y valles, bosques, campos y derrumbaderos, y surcando los mares y desafiando á la tormenta, han examinado el otro hemisferio del planeta que habitamos donde la naturaleza disputa la fecundidad á la imaginación del hombre dejando atrás todas sus concepciones.

El estudio de la naturaleza se ha comprendido ser necesario para el teólogo y el clero, ó al menos la parte de él que se dedica á las ciencias; y algunos distinguidos seglares, hijos predilectos de la Iglesia, y proclamados como tales por el Papa Pío IX, han defendido al cristianismo con la historia natural y con la física moderna. Continuadas las investigaciones, profundizados los estudios y desmentidos ciertos hechos, se gastaron ya reputaciones usurpadas, y han venido rodando al fango de la execración.

Se dice que la enseñanza sacerdotal teologiza á las ciencias, y todo lo refiere á la religión. Admitámoslo por un momento- pero esto es grandemente útil á la humana sociedad: contribuye poderosamente al sostenimiento de la sana moral, base de la civilización verdadera. Fórmese una grande idea de Dios, y sus preceptos serán observados, y la sociedad se salva. ¿No habéis experimentado las profundas sensaciones que excita el conjunto de la naturaleza y la prolijidad de sus detalles? Y en un momento de entusiasmo, ¿no ha oscilado vuestro corazón, arrancándose del pecho y volando al seno del Eterno?

Al considerar la estructura admirable y combinación asom-

brosa de los elementos en el cuerpecillo del insecto: los insondables arcanos de la reproducción: la inmensidad del Océano, y los infinitos vivientes que le pueblan: las olas agitadas por la tempestad: una noche salpicada de estrellas, y otra cubierta de nubes y tinieblas: los globos luminosos que recorren los espacios de la inmensidad y trazan en el hermoso azul del firmamento con caracteres de fuego el nombre del Exceiso, el hombre de talento debe elevar su corazón y su mente al Criador. De lo contrario para la sociedad sería estéril este estudio. La enseñanza religiosa lo explota en beneficio de las costumbres, y acomodándose á la mayor ó menor capacidad y estudio de los hombres todos, levanta su corazón y hace provechosa en la práctica y en pro de la humana sociedad las investigaciones de la ciencia.

Se dice que cuando la Iglesia dirigió la enseñanza, el desarrollo del entendimiento fué puramente teológico; y esto es verdad, y verdad necesaria en ciertas épocas. La razón es muy sencilla: todas las facultades del hombre se desenvuelven conforme á las circunstancias que le rodean; y así como su salud, su temperamento, sus fuerzas y hasta su color y estatura dependen del clima, de los alimentos, del tenor de vida y de otras circunstancias que le afectan; así también las facultades intelectuales y morales llevan el sello de los principios que preponderan en el seno de la sociedad ó la familia. En Europa y en ciertos siglos el elemento preponderante era la religión: se la oye: se la ve: se la encuentra en todas partes: sin ella no se descubre en ningún punto un principio de acción, y así era preciso que todas las facultades del europeo se desenvolviesen en un sentido religioso. Si bien se observa, no era sólo el entendimiento el que presentaba ese carácter: era también el corazón: eran las pasiones: era todo el hombre moral. Y lo que sucedía en el individuo, se verificaba también en la familia y en el conjunto de la sociedad. Un fenómeno semejante encontramos en todas partes donde el hombre haya caminado

hacia un estado más perfecto, y se puede asegurar que jamás ninguna sociedad adelantó por el camino de la civilización á no ser á impulso de los principios religiosos; y esto es extensivo aun á los pueblos paganos. Las máximas religiosas se encuentran en todas partes donde el hombre se perfeccione, y aunque sean dignos de lástima ciertos pueblos supersticiosos, todavía se debe confesar que bajo aquella superstición se ocultaban los gérmenes del bien. Fácil es reirse de una práctica pagana y de sus dogmas descabellados; pero nunca debe olvidarse que existen principios morales que sólo medran ó se conservan bajo la sombra de las creencias: principios indispensables para que el individuo no se convierta en un monstruo y no se quebranten todos los lazos de la sociedad y los vínculos de familia. Se ha hablado mucho contra la inmoralidad tolerada por algunas religiones: ciertamente que nada hay más lamentable; pero mirad bien al través de aquellas sombras, y descubriréis ráfagas de luz, que os harán mirar á las falsas religiones, no con indulgencia', pero sí con menos horror que á los sistemas impíos que no reconocen otro ser que la materia, ni otro Dios que los placeres de la carne. La sola conservación déla idea de Dios, del bien y del mal moral, idea que en la enseñanza de las ciencias fomenta siempre la religión, ya es de suyo un beneficio inapreciable para el progreso de la civilización.

Se dice que la intervención religiosa en la enseñanza de las ciencias quita la libertad y embaraza el desarrollo del espíritu. Esto no es cierto.

No puede negarse que el que oiga hablar de la sujeción del entendimiento á una autoridad indeclinable; quien oiga pronunciar esta palabra sin que se explique su significación genuina, recelará que en efecto hay algo aquí que se oponga al desarrollo intelectual; y si es amante de la humana dignidad, si es entusiasta de los adelantamientos científicos, no dejará de sentir aversión hacia un principio que parece enlrañar la esclavitud.

vitud. Pero si se examina el principio tal como es en sí, ¿qué ha de encontrarse de fundado en esos temores ridículos? ¿Cuánto no se hallará de vacío y de rutinario en las declamaciones que de continuo se publican?

Tomemos en la mano el principio de autoridad: llevémosle al través de todas las ciencias, é interroguemos á los hombres más doctos de la Europa; y si hallamos que se haya opuesto al legítimo y útil desarrollo de las ciencias: si al presentarnos ante las tumbas de los genios más insignes, ellos levantan su cabeza para decirnos que el principio de autoridad encadenó su entendimiento, oscureció su fantasía ó secó su corazón, entonces podria ser fundado el clamoreo de los sofistas.

Dios, el hombre, la sociedad, la naturaleza, la creación entera, estos son los objetos en que puede ocuparse nuestro espíritu. Fuera de ese círculo no hay nada. Ni por lo que toca á Dios, ni al hombre, ni á la naturaleza embaraza la inteligencia el principio de autoridad: lejos de serle dañoso, es como un gran faro que en vez de contrariar la libertad del navegante, le sirve de guía para no extraviarse en las tinieblas de la noche.

Por lo que á Dios toca, es clarísimo que nada se encuentra en la enseñanza religiosa que se oponga al vuelo de la inteligencia: todo al contrario, le ayuda á remontarse á la altura á que no podria subir con sólo las fuerzas de la razón humana. ¿Teméis que la revelación de un misterio limite el espacio donde se explaya vuestro entendimiento? ¿Teméis ahogaros de estrechez al divagar por la inmensidad? Faltó campo anchuroso á los genios sublimes de Malebranche, Descartes y Gasendo? ¿Quejáronse nunca de que su entendimiento se hallase aprisionado? Ni como podian hacerlo cuando ellos y todos los sabios modernos han reconocido que deben al cristianismo, respecto de la Divinidad, los más altos y sublimes pensamientos.

Respecto al estudio del hombre, ¿cuál es el círculo en que

se encierran las doctrinas á que está vedado contradecir? Los filósofos se han dividido en dos escuelas: materialistas y espiritualistas: la escuela sacerdotal, ó lo que es lo mismo, la Iglesia Católica, se ha mezclado en la contienda y sólo ha dicho: «el alma del hombre no es corpórea, es inmortal; pero preguntadle cuál es el sistema con que deben explicarse las sensaciones, los actos de la voluntad, los sentimientos del hombre, etc., etc.: preguntádselo, y os responderá: «quedáisen plena libertad de pensar lo que os pareciere razonable: » ahí tenéis un campo inmenso de controversia, y sin embargo os sofocáis por la estrechez: ¡Orgullo miserable de menguadas inteligencias!

En orden á los adelantos filosóficos, tan distante se halla la Iglesia de contrariar su marcha, que antes bien es de todos ellos un fecundo semillero. No es poco , cuando se trata de adelantar en alguna ciencia, el tener un polo alrededor del cual, como punto fijo, pueda girar el entendimiento del hombre: no es poco evitar ya desde el principio una multitud de cuestiones, de cuyos intrincados laberintos, ó no se saldría jamás, ó se saldría para caer en los mayores absurdos. Aquí está la razón de la inmensa ventaja que en esta materia llevan los filósofos modernos sobre los maestros de la antigüedad: éstos marchaban á tientas por un camino cubierto de tinieblas; aquellos caminan precedidos de una luz brillante con paso firme y seguro y en derecho al objeto. No importa, no, que digan tan á menudo que prescinden de la revelación , y aun que la miren con desvío: aun en este caso la religión los alumbra porque no pueden prescindir de mil y mil ideas luminosas adquiridas desde la cuna y en el discurso de su vida, que, como un elemento vivificante, impregnan , por decirlo así, la atmósfera que respiramos. Cuando ciertos hombres ignaros y superficiales dicen desechar la religión, llevan muy allá su ingratitud, porque al propio tiempo que la insultan, se aprovechan de sus inefables beneficios.

Por lo que toca á las ciencias naturales, lejos de oponerse la Iglesia á su fomento y desarrollo, á la Iglesia es debida la creación de casi todos los colegios de Europa, universidades, academias y demás grandes centros de enseñanza. La Iglesia protegió á los eruditos, les prodigó honores, les suministró recursos y les franqueó los grandes elementos del saber que en medio de las catástrofes se habian conservado bajo la cúpula del santuario. En el siglo pasado y en el presente hubo y hay en Europa y fuera de Europa multitud de eclesiásticos dedicados al cultivo de las ciencias naturales sin que la Iglesia les oponga el menor obstáculo que embarace sus investigaciones científicas en provecho de la sociedad. Tan sólo levanta la voz y resiste, cuando el hombre dominado por su orgullo y por una ignorancia lamentable, lastima con sus teorías alguno de esos puntos cardinales en que estriba la fé y son el cimiento de la moral cristiana, base de la civilización y del progreso.

Finalmente, si se prescinde de algunos hechos aislados en que el celo de algunos eclesiásticos ha creído ver en ciertas elucubraciones científicas un peligro para la fé y la moral, base de la sociedad, no se han puesto las restricciones que se pretenden ; y aun las pocas que se pusieron tuvieron una existencia efímera, porque muy poco después se levantaron; como sucedió con ciertos sistemas astronómicos que los eclesiásticos aceptaron en el transcurso de poco tiempo y los perfeccionaron y los enseñaron con provecho de la ciencia.

Yo confesaré que en algunas épocas se ha enseñado en los claustros de ciertas órdenes religiosas una lógica embrollada y estéril, una metafísica saturada de abstracciones impertinentes, una física disparatada y llena de preocupaciones ridículas; pero esto no era cosa del clero solamente: era general: era un contagio del tiempo, era un atraso y un mal gusto que afectaba á todas las naciones europeas, y á todas las clases sin exceptuar ninguna.

Pero los efectos de este contagio cesaron también en el clero, que por cierto no ha permanecido estacionario.

Hay efectivamente en las catedrales y seminarios algunos eclesiásticos que se hallan á la altura de los conocimientos actuales: y el oscuro rincón donde emborrona su papel algun presumido, no son puntos de vista muy á propósito para abarcar y conocer toda la extensión de la Península, y mucho menos de Europa, y para apreciar las capacidades que la pueblan, cuando se trata de hombres modestos que nada ambicionan ni pretenden bullir ni figurar en esta moderna Babilonia.

No hablaré de las Escuelas pías, que todos nuestros partidos políticos ascendidos á las regiones del poder han respetado, y donde hay hombres muy competentes para la enseñanza.

Pero tratándose de institutos religiosos, no es posible que yo deje de recordar una orden célebre, que á los pocos años de su existencia habia tomado ya tanto incremento que presentaba las formas de un coloso y desplegaba las fuerzas de un gigante: de esa orden que ni tuvo infancia ni vejez. Ya se comprenderá que hablo de los Jesuítas. Sólo su nombre alarma en ciertos círculos é inspira el mismo terror que produciría una irrupción de los Cosacos. Yo no me propongo aquí defenderlos de los cargos que contra ellos se han dirigido. Esta tarea no dice bien con mi propósito: sería inoportuna cuando aquí tan sólo debo considerarlos bajo su aspecto científico: además de que escritores célebres profundamente sabios han convertido en polvo las acriminaciones de que la Compañía ha sido objeto.

A mí me basta decir que no se puede dar una ojeada á la historia literaria de tres siglos á esta parte sin tropezar, á cada momento, con los padres de la Compañía: que es imposible viajar por las tierras más remotas, surcar mares desconocidos, abordar á las playas más distantes, penetraren los más espantosos desiertos, sin que ocurra el recuerdo de la Compañía; es

imposible acercarse á ningún estante de las bibliotecas sin que se ofrezcan á los ojos las obras de los Jesuitas en todos los ramos de las ciencias antiguas y modernas. Hoy mismo el padre Sechi es uno de los primeros astrónomos del mundo; pero en vano me canso: porque á los Jesuitas no se les tacha de ignorantes: se les teme: no se les desprecia: alguna vez se quiere ensayar contra ellos el ridículo; pero desde luego se conoce que los que tal arma manejan, no disfrutan de calma para esgrimirla felizmente: en vano es que se quiera aparentar desprecio: al través del disimulo se trasluce el sobresalto.

En cuanto á la enseñanza que dan á la juventud en sus colegios, están reconocidas sus ventajas por los hombres más ilustres que hoy tiene la Europa, y cuenta que entre sus apologistas se encuentran hombres muy notables en todos los partidos políticos.

El célebre Lamartine ha dicho sobre este punto cuanto se pudiera desear. Para él la enseñanza de la Compañía es la mejor de todas las enseñanzas.

De todo lo dicho se infiere ser falso que la enseñanza de los eclesiásticos consista en antiguallas: que el clero ha merecido y merece bien de la sociedad con el estudio de las lenguas muertas y especialmente de la latina, cuya importancia no pueden comprender sus atrevidos censores: que no han merecido menos los padres de la Compañía, y otros eclesiásticos sabios naturalistas, que dedicados á las misiones por todo el ámbito del mundo é incorporados después á ilustres academias, incluso las de París, han contribuido con su experiencia y sus luces al fomento de las ciencias naturales: que merecen bien de la sociedad los que explotan los fenómenos de la naturaleza para el alto objeto de levantar hacia el Criador la mente de los jóvenes, morigerándolos y haciéndolos buenos ciudadanos: que si el desarrollo del entendimiento humano, dirigido por el clero, fué esencialmente teológico en ciertas

épocas, esto era una necesidad inevitable: que la intervención religiosa en la enseñanza no embaraza el desarrollo del espíritu, y en resumen que la enseñanza religiosa ha sido y es útil á la sociedad, sin que por esto se repruebe la que dan y deben dar los seglares que por su buen juicio y por sus luces contribuyen á la grande empresa de ilustrar el entendimiento y perfeccionar el corazón de los jóvenes, los cuales en sus diferentes posiciones sociales, destinos, oficios y carreras vienen á ser el honor y la esperanza de la patria.

SEGUNDA PARTE.

Al terminar en la sesión del 25 de Octubre la lectura de un pequeño trabajo mió sobre la importancia del elemento religioso en la enseñanza de la juventud, comprendiendo la primaria, la segunda enseñanza y aun la superior, se me confió por la Academia el examen de un discurso que en el Congreso de Malinas habia pronunciado Monseñor de Dupanloup, obispo de Orleans, el día 31 de Agosto último sobre la enseñanza popular, y se acordó además que expusiera yo mi pensamiento sobre los límites á que debe circunscribirse la intervención religiosa en la enseñanza pública y privada.

Cumpliendo con este encargo ofrezco hoy á la consideración de la Academia otro ligero trabajo que comprenderá trea puntos:

1.º Un resumen del indicado discurso inserto en el *Correspondant* de París.

2.º Una breve explicación del que yo pronuncié en dos sesiones consecutivas marcando la diferencia que existe entre el discurso de Monseñor de Dupanloup y el mió.

Y 3.º Mi pensamiento sobre los límites á que debe ceñirse en España la autoridad de la Iglesia en materia de enseñanza.

Comprende el discurso de Monseñor Dupanloup cuatro puntos cardinales: 1.* Necesidad de la enseñanza popular: 2.º Educación de las niñas: 3.º Enseñanza de oficios ó profesiones: 4.º Concurrencia y libertad en la enseñanza.

En cuanto á la necesidad de la enseñanza dice el orador que está de acuerdo con sus adversarios, pero que éstos deben tener bien entendido que después de cuarenta siglos de abandono y de tinieblas, de servidumbre y oprobio para los pobres y desgraciados, es decir, para la inmensa mayoría del género humano, vino Jesu-Cristo, y allí, en un lago de la Galilea anunció el primer precepto sobre la enseñanza popular, proclamando su necesidad cuando dijo á los Apóstoles: id, y enseñad á toda criatura: no sólo á los hijos de los ricos, sino también á los pobres hijos del pueblo: *omni creatura*;. Esto no se habia dicho jamás sobre la tierra: la palabra dñ Jesús fundó las escuelas populares.

Un miembro del Instituto de Francia, examinando algunos geroglíficos del Egipto descubiertos por el geólogo Mariete, ha visto la imagen de un niño que vá á la escuela, y ha inferido que la enseñanza popular se hallaba ya establecida en el Egipto; pero el sabio Dupanloup prueba que el niño escolar no era hijo del pueblo, y recuerda lo que en materia de enseñanza fué entonces el pueblo en el Egipto y en toda la superficie de la tierra: su condición varió desde el advenimiento del cristianismo; y la Iglesia, observando el precepto de enseñar á toda criatura, estableció la enseñanza universal, y ha continuado esta grande obra en el transcurso de los siglos.

Los primeros Concilios generales y particulares, los Papas y los obispos se han dedicado con empeño á la creación de maestros que educasen á los niños para la vida social: establecieron escuelas en los pueblos y en las aldeas, y encargaron

muy estrechamente á los párrocos que á nadie negasen la instrucción primaria, procurando siempre, al través de los más costosos sacrificios, ilustrar la inteligencia de los niños, y llevar por buen camino sus tiernos corazones.

Ya en el siglo VII los obispos en Inglaterra y en Alemania habian creado diferentes monasterios dedicados á la enseñanza de los niños.

En el siglo XII continuaba esta obra con empeño, y habia establecidos en diferentes catedrales maestros competentes para que no faltase enseñanza gratuita á los hijos de los pobres.

Hace notar después que Voltaire escribía contra la enseñanza popular. En su carta de 1.º de Abril de \ 766 decía á Damilaville que era conveniente la ignorancia del pueblo; y en la que escribía en 19 de Marzo del mismo año indicaba el mismo pensamiento y anadia que el populacho sólo necesitaba de brazos para vivir. Y al mismo tiempo que Voltaire así se explicaba, un pobre sacerdote de Reims, el Abate de la Salle, fundaba un Instituto de maestros, ó mejor una verdadera Escuela Normal, para enseñar á los que habian de encargarse de instruir á los hijos de los obreros y de los pobres todos: el Papa Benedicto XIII bendecía y sancionaba esta nueva orden, y en su bula de aprobación escribía estas notables palabras: «La ignorancia es el origen de todos los males sociales, especialmente en la clase pobre, agrícola ó fabril.»

Véase aquí la democracia del Papa y la aristocracia del filósofo, ó mejor dicho, la ardiente caridad de Benedicto y el orgullo satánico de Voltaire.

Notorio es de toda notoriedad el celo de nuestros misioneros, tanto en Europa como en los países más remotos: una de las obras más grandes de la Iglesia Católica es la obra de la *propagación de la Fé*. Donde quiera que el hombre de Dios funda una Iglesia, abre una escuela, y esto de polo á polo y en todas las latitudes y climas conocidos. Estos hechos son

muy elocuentes. Cuando se nos viene diciendo que nos oponemos á la instrucción del pueblo se nos hace una gravísima injusticia y se comete una repugnante indignidad.

Representa después á grandes rasgos á San Francisco Javier, sólo y aislado en todo el mundo oriental, luchando él sólo contra toda clase de obstáculos, y estableciendo escuelas para civilizar aquella generación bajo la influencia religiosa.

En el día la juventud belga y francesa está alistada en la bandera de una obra que es un vasto semillero de escuelas ó institutos, bajo el nombre conocido *Obra de la santa Infancia*, que á sus expensas está fundando asilos para mantener é instruir á los niños que la caridad evangélica arranca de los brazos de la muerte en el vasto imperio de la China.

Monseñor de Dupanloup proclama el principio de que el clero no ha de quedar estacionario: que cuando todo el mundo marcha, conviene continuar el movimiento, pero llevando siempre delante la luz del Evangelio.

Pasa el orador después á la instrucción de las niñas, y en esto también está de acuerdo con sus adversarios.

Se ha dicho muy bien: *instruir una mujer, es fundar una escuela*. La madre ha de ser la maestra de la familia: ella es la encargada de formar el corazón de sus hijos, y muy principalmente entre las clases pobres en que los padres tienen que ganar la vida lejos del hogar doméstico. *Cread madres que sepan educar bien á sus hijos*. ¿Sabéis de quién son estas palabras? Son de un genio práctico que iba siempre en derechura al objeto: son de Napoleón I, Emperador de los franceses. El célebre Maistre anadia: *Cread madres que enseñen á sus hijos á temer á Dios y no temer á los cañones*. ¡Pues bien! tan sólo las madres cristianas saben imitar en esta parte á las heroínas de Esparta. Alaba después el orador á los hombres de Estado que en 1842 redactaron una excelente ley de instrucción primaria, saturada del elemento religioso, y hace la apología del clero francés que ha sabido fundar en su país más de

catorce mil escuelas para la enseñanza de las niñas. Dice que estas escuelas se han fundado y han debido fundarse á la sombra de la Iglesia y la familia, y lejos de las vanidades y extravagancias de la sociedad moderna.

Proclama después el orador que no es adversario de las escuelas laicales, y asegura haber visto algunas profundamente cristianas. No quiere suprimirlas, sino que no se mire con prevención á las escuelas dirigidas por las hermanas religiosas dedicadas á la instrucción primaria. Aboga porque se multipliquen las escuelas normales como las de Orleans y otras diócesis, donde se cuida de que las maestras sean competentes en la ciencia, y sobre todo distinguidas por la severidad de su moral religiosa.

Habla después de la enseñanza profesional de los jóvenes admitiendo su necesidad; pero añade que no la quiere en los colegios, sino como un suplemento á las escuelas primarias, aprendiéndose los oficios en el campo ó en el taller, y fundándose bajo la influencia religiosa un buen número de escuelas de adultos en proporción á las que existan de párvulos.

Dice después que está de acuerdo con sus adversarios en desear la concurrencia y la libertad en la enseñanza. Recuerda con elogio la ley francesa de 1850, y la llama el gran testimonio de concordia y el mejor monumento de imparcialidad y de verdadero patriotismo. Prueba que los establecimientos dirigidos por el espíritu religioso fueron, aun en épocas modernas, el refugio de la buena literatura, y que los hombres más insignes de la Francia mostraron una gratitud entusiasta al episcopado, á los profesores de los Seminarios y á los Institutos religiosos por haber salvado la literatura griega y la latina, amenazadas de una decadencia universal. En orden á las ciencias pondera el gran mérito que contrajeron los Jesuítas, y lo aventajados que se presentaron los discípulos de la Compañía excitando la emulación de toda la juventud francesa.

En cuanto á la parte de la ley que concierne á la iustruc-

ción primaria, se limita á decir que ha dado tres grandes resultados, que llama liberales en la buena acepción de la palabra: 1.º doblar la asignación de los maestros laicales: 2.º establecer en su favor cajas de ahorros: 3.º hacer obligatoria la fundación de escuelas para niñas, debiéndose á la insistencia del episcopado la creación de una multitud de escuelas de este género en los años 49 y 50 : 4.º el haberse permitido la concurrencia de las escuelas laicales y eclesiásticas, con frutos opimos y reconocidos por todos los hombres entendidos é imparciales; y 5.º haber sustraído de la influencia política la enseñanza primaria, dejando el nombramiento de los profesores á las corporaciones municipales ó reunión de los padres de familia que son los verdaderos interesados y los verdaderos responsables.

La concurrencia, según el orador, es la ley de la naturaleza y de la sociedad: en la naturaleza, ella desenvuelve, luchando con los obstáculos, la energía de la humana inteligencia, y en la sociedad desarrolla la emulación por medio de la lid. Tal es la fuerza de las cosas y la corriente del siglo, apelando al texto de la Escritura en que se dice: no luchéis contra la corriente de los rios: esto es, marchad con el tiempo, no para que os corrompa su influencia, sino para mejorar sus condiciones.

Los adversarios han dicho: vosotros, los eclesiásticos, queréis la concurrencia: porque no os inspira temor la rivalidad de las escuelas laicales, porque sabéis que las familias han de preferir vuestra enseñanza: y el orador contesta: ¿y qué queréis que hagamos, si vosotros mismos confesáis que el instinto no engaña á los padres de familias? Aduce después comprobantes, y añade, que amaestrado por la experiencia, lejos de repeler á los profesores laicales, cuando son hombres de bien, le inspiran estimación y confianza: lo que no quiere es que haya en Francia 40.000 profesores impíos como los habia en 1848, y de quienes Mr. Thiers decia enérgicamente que perdían á la

sociedad 40.000 anti-curas, ó 40.000 curas del ateísmo, 40.000 fautores de la disolución social, ó el socialismo. Lo que no quiere es que se les devane la cabeza y se les hinche de vanidad, repitiéndoles diariamente que ellos son los reformadores del género humano y los preceptores del pueblo-rey. Estos aduladores son un terrible peligro para las sociedades humanas. Los charlatanes que tal dicen son, por ignorancia ó malicia, los destructores de la sociedad: lo que quiere es hombres honrados que eduquen su familia y las del pueblo en las virtudes cristianas y sean auxiliares celosos del cura y de la autoridad. La concurrencia con tales hombres es una lucha noble, desinteresada y pacífica de que reportan grande utilidad la sociedades bien organizadas.

Hablando después de la enseñanza gratuita, dice que la Iglesia no la teme, sino que ha procurado establecerla en todas partes. Todo el mundo sabe que ha sido preciso hacer una gran violencia á los institutos religiosos para que se plieguen al principio aun de las más mezquinas retribuciones escolares. Y no sólo lo han resistido los obispos en sus diócesis, sino también reunidos en Concilio. El de Letran, celebrado el año 4179, establece que la enseñanza sea gratuita en cuanto sea posible; pero no se opone á que sea retribuida cuando así lo exijan perentoriamente las circunstancias de los tiempos. En estos casos la Iglesia desea que contribuyan las familias ricas para la enseñanza de sus hijos, sirviendo esta retribución para la educación gratuita de los pobres. La democracia al contrario, queria en Francia la enseñanza por impuestos generales ; es decir, que los pobres pagasen como los ricos.

Por último, el orador habla de la enseñanza obligatoria y dice : que si en algunos países puede serlo por circunstancias especiales, en otros sería siempre puramente nominal: que los medios coercitivos son violentos, y que la ejecución sería estéril y ocasionada á complicaciones impracticables. La obligación de cuidar que los hijos de los pobres frecuenten las es-

cuelas es una obligación moral, y los párrocos y confesores tienen medios para que se cumpla por parte de los padres.

De todo lo dicho se infiere que Monseñor Dupanloup se ha limitado á dos extremos: enseñanza primaria para los niños pobres de ambos sexos, y escuelas de adultos y enseñanza práctica de los oficios mecánicos, ó en una palabra, á la educación propiamente popular.

Yo , en el desaliñado trabajo que presenté á la Academia, me propuse otro objeto, y fué probar que la influencia religiosa en la enseñanza general, incluyendo las ciencias todas, lejos de entorpecer la marcha de la civilización, como se ha dicho, es para ella un elemento de vida y de progreso: vindiqué al clero actual de la imputación relativa á la enseñanza de *anti-quallas* : hice ver la importancia de los estudios á que principalmente se ha dedicado el clero: confesé francamente la impertinencia y esterilidad de cierta clase de estudios que se daban en los claustros de algunas órdenes religiosas: añadí empero que este era un contagio de los tiempos, y que lo propio sucedía en las escuelas seculares: que hoy el clero no ha permanecido estacionario: que en los Institutos religiosos dedicados á la enseñanza, hay hombres distinguidos en la literatura, en las ciencias exactas y en las naturales, y un ilustre académico añadió los nombres de filósofos y grandes publicistas extranjeros: citó también á Balmes. y yo podía expresar el nombre de otros que, anónimos ó bajo el velo del seudónimo han publicado escritos importantes en series de artículos remitidos á varios periódicos de la corte. Demostré que si el desarrollo del entendimiento humano fué puramente teológico en ciertas épocas , esto era muy natural porque las facultades intelectuales y morales llevan siempre, y no pueden menos de llevar, el sello de los principios que en cada tiempo preponderan en la sociedad y en el seno de la familia. Probé también que la enseñanza de las ciencias, bajo la influencia del elemento religioso, no embaraza el desarrollo del espíritu.

Dios, el hombre, la sociedad, la naturaleza, la creación entera, son los objetos en que puede ocuparse nuestra mente; y la influencia religiosa, lejos de estorbar el desarrollo de la inteligencia en estos puntos, es un gran faro que, en vez de contrariar la libertad del navegante, le sirve de guía para no extraviarse en las tinieblas de la noche: que no faltó campo anchuroso á los genios sublimes de Malebranche, Descartes y Gasendo, los cuales nunca se quejaron de que su entendimiento se hallase aprisionado, ni era posible que se quejasen, porque ellos y todos los sabios modernos han reconocido que, respecto de la Divinidad, deben al cristianismo los más altos y sublimes pensamientos, sucediendo lo mismo en orden á la moral.

Cuando se ponderan los recursos de la filosofía para elevarse á tan altos objetos por sí sola y por medio de deducciones científicas, no se advierte, como ya observé en otra ocasión, que desde la creación del mundo hasta los tiempos evangélicos, parece que ya era tiempo de que la razón humana hubiese llegado á una madurez perfecta en orden al conocimiento de la Divinidad y de la sana moral. En cuanto al conocimiento de Dios bien sabidos son los absurdos que enseñaron la mayor parte de los antiguos filósofos y las disparatadas ideas que profesaron los pueblos más cultos de la tierra. Respecto de la moral, nadie ignora su estado entre los griegos y romanos, y en las demás épocas de la historia anterior á Jesucristo. Dominaba un politeísmo insensato, que en vez de dar lecciones de virtud, autorizaba los vicios todos con el ejemplo de sus dioses. Teníanse por laudables los combates de los gladiadores, la intemperancia, el amor impuro, el parricidio, el aborto, el fraude, la crueldad y la perfidia. La moral de los egipcios, de los persas y los chinos no era más razonable que la de los griegos y romanos: la de los galos y pueblos septentrionales, tan sólo les inspiraba ideas de furor guerrero: los filósofos deliraron del mismo modo que los pueblos; pero

sea dicho en obsequio de la justicia : los filósofos más distinguidos reconocieron su impotencia absoluta para descubrir y fijar la idea de la Divinidad, los principios de la moral y sus numerosas consecuencias. Platón en el *Epinomis*, como ya tengo indicado há tiempo en esta Academia, dice: « no es posible á los hombres por sí solos adquirir nociones fijas sobre Dios y la moral.» Sócrates dijo: « no ha venido aún quien nos instruya de qué modo debemos portarnos con Dios y con los hombres. » El mismo Sócrates en el lib. 4.º de *las leyes*, dijo: « es preciso esperar del Cielo un guia que nos instruya.» Cicerón en sus *Tusculanas*, dice: que « es negocio exclusivo de Dios el declarar cuál de las opiniones filosóficas es más conforme á la verdad.» Simplicio en el *Manual de Epilecto*, dice: « que sólo Dios puede enseñarnos el modo de hacérsenosle propicio.» Marco Aurelio, Meliso de Samos, Porfirio y todos los estoicos opinaron del mismo modo y confesaron modestamente su impotencia.

En orden al estudio del hombre y fuera de la espiritualidad é inmortalidad del alma, hay un campo inmenso de controversia y no es posible quejarse de estrechez.

Respecto de las ciencias exactas y de las físicas, dije que la Iglesia no se opone á sus adelantos, y que ciertos Institutos religiosos están muy á la altura de los conocimientos actuales. Y fuera de algunos casos en que un celo exagerado ha hecho entender á algunos eclesiásticos que ciertos descubrimientos se oponían á la verdad del Sagrado Texto, en lo demás, lo que se ha hecho es profundizar los estudios, continuar las investigaciones y perfeccionar los conocimientos, resultando un torrente de luz que ha hecho ver clarísimamente que las verdades del Sagrado Texto se hallan en completa armonía con los adelantos de la ciencia. La Iglesia no se espanta del producto que dan las investigaciones científicas en el estudio de la naturaleza, y creo que un excelente Académico, distinguido catedrático de la Universidad central, estuvo también de acuerdo conmigo en este punto, cuando al hacer algunas ob-

servaciones, por cierto muy eruditas, sobre el (rabajo que presenté á la Academia , citó la opinión sobre los seis dias de la creación: si son ó no dias naturales, ó son épocas larguísimas de duración indeterminada; yo sólo diré que por este segundo extremo, enteramente conforme con los descubrimientos modernos geológicos, están hoy teólogos insignes , y entre ellos el padre Perrone, ilustre escritor de la Compañía, y que el Sumo Pontífice, lejos de oponerse á esta doctrina, ha honrado á este gran sabio con cartas gratulatorias que han visto la luz pública.

Por último, yo dejé consignado que no abrigaba la absurda idea de excluir á los seglares de la enseñanza de las ciencias: que yo agradecía y la patria debe agradecer los eminentes servicios que han prestado y prestan muchos de ellos para llevar á cabo la grande empresa de ilustrar el entendimiento y perfeccionar el corazón de los jóvenes.

Lo que yo pretendía era:

1.º Mostrar la importancia del elemento religioso en la enseñanza de las ciencias.

2.º Combatir ciertas tendencias á eliminar de los estudios la influencia religiosa.

3.º Que no se impida al Gobierno proteger los Seminarios, Escuelas pias y demás Instituios religiosos dedicados á la enseñanza.

4.º Que sean siempre personas eclesiásticas las encargadas de enseñar la teología.

5.º Que se proteja á los dignos profesores seculares; pero que no se mire con prevención á los eclesiásticos competentes que en concurso abierto hayan mostrado ser dignos de enseñar las demás ciencias.

Y 6.º Que se haga efectiva la intervención del episcopado, prescrita en el último Concordato.

Esta última pretensión mia fué acaso la que movió á un hombre ilustre de esta nuestra Academia para proponer que

se fijasen los límites de la intervención eclesiástica en la enseñanza general, y voy á decir brevísimamente lo que me ocurre en este punto.

El artículo 2.º del Concordato dice así: «En su consecuencia la instrucción en las universidades, colegios, seminarios y escuelas públicas ó privadas, de cualquiera clase, será en todo conforme á la doctrina de la misma religión católica; y á este fin no se pondrá impedimento alguno á los Obispos y demás prelados diocesanos encargados por su ministerio de velar sobre la pureza de la doctrina, de la fó y de las costumbres, y sobre la educación religiosa de la juventud en el ejercicio de este cargo aun en las escuelas públicas.»

El artículo 3.º dice: «Tampoco se pondrá impedimento alguno á dichos prelados ni á los demás sagrados ministros en el ejercicio de sus funciones, ni los molestará nadie bajo ningún pretexto en cuanto se refiera al cumplimiento de los deberes de su cargo; antes bien cuidarán todas las autoridades del reino de guardarles y de que se les guarde el respeto y consideración debidos, según los divinos preceptos, y de que no se haga cosa alguna que pueda causarles desdoro ó menosprecio. S. M. y su Real Gobierno dispensarán asimismo su poderoso patrocinio y apoyo á los Obispos en los casos que le pidan, principalmente cuando hayan de oponerse á la malignidad de los hombres que intenten pervertir los ánimos de los fieles y corromper sus costumbres, ó cuando hubiere de impedirse la publicación, introducción ó circulación de libros malos y nocivos.»

En el libro 2.º del Código penal, tít. I, art. 130, se lee: «Serán castigados con la pena de prisión correccional:

4.º El que inculcare públicamente la inobservancia de los preceptos religiosos.

2.º El que con igual publicidad se mofare de alguno de los misterios ó sacramentos de la Iglesia, ó de otra manera excítase á su desprecio.

#

3.º El que habiendo propalado doctrinas ó máximas contrarias al dogma católico, insistiere en publicarlas después de haber sido condenadas por la autoridad eclesiástica. El reincidente en estos delitos será castigado con el extrañamiento temporal.»

El artículo 136 dice: «El español que apostatare de la religión católica, apostólica, romana, será castigado con la pena de extrañamiento perpetuo.»

Y en el artículo 137 se añade: «A todos los que cometieren los delitos de que se trata en los artículos anteriores, se impondrá, además de las penas señaladas, la de inhabilitación perpetua para toda profesión ó cargo de enseñanza.»

Esto supuesto, los Obispos pueden y deben vigilar por sí ó por delegados la enseñanza que se da en los establecimientos públicos y escuelas privadas de cualquiera clase, sin que se les ponga impedimento alguno: pueden y deben examinar si la doctrina que se enseña es ó no contraria á la fé y á las buenas costumbres: pueden y deben oponerse á la malignidad de los hombres que intenten pervertir el ánimo de los jóvenes, y á la publicación y enseñanza de libros malos y nocivos; pueden y deben acudir al Gobierno supremo del Estado pidiendo su apoyo para remediar el mal después de bien calificado: pueden y deben condenar las malas doctrinas, fulminar las censuras de la Iglesia, y contra los delincuentes pasar el tanto de la culpa á los jueces competentes para la imposición de las penas marcadas en el Código.

Obrando así, y observando lo prescrito en las bulas de Benedicto XIV sobre la circunspección y mesura con que deben proceder en la calificación de libros y doctrinas que se enseñen verbalmente, oyendo con benignidad á los interesados y procurando reducirlos al buen camino, no habrán traspasado los límites de la ley ni los que prescribe la razón y la pública conveniencia.

No quiero concluir sin hacerme cargo de una cuestión importante, indicada por Mr. Dupanloup. ¿Cuál debe ser el papel del maestro de escuela en la sociedad, y cuál el puesto de la religión en la enseñanza?

En este terreno tropiezo con dos crasos errores.

Se exagera el papel de la escuela, y por consiguiente del preceptor en la sociedad, y se desnaturaliza, ó se quiere reducir á la nada, el papel de la religión en la enseñanza.

Estos son los puntos sobre los cuales estamos en completo desacuerdo con nuestros adversarios, los cuales pretenden que la escuela sea el todo, y la religión nada: nosotros decimos que la escuela no es lodo, y añadimos que la religión no es bastante por sí sola.

Cuando se estudia la historia contemporánea de la Europa, se ve que no hay nuevo soberano que al sentarse en el trono no se apresure á dar dos leyes: una sobre elecciones y otra sobre escuelas, pareciéndole que va á refundir y acuñar con su efigie como una moneda nueva lo presente con las elecciones, y el porvenir con las escuelas. Después se rodea de un ejército, y hecho esto descansa y dice: Todo está perfectamente. Observemos á la Francia. Bajo la Restauración, ley de elecciones en 1817, ley sobre enseñanza en 1818. Bajo la Monarquía de Julio, ley de elecciones en 1831, ley sobre enseñanza en 1833. Bajo la República, ley de elecciones en 1849, ley sobre enseñanza en 1850. Bajo el Imperio, ley de elecciones en 1852, y ley sobre enseñanza en 1854.

Se trata de persuadir á los Reyes y á los pueblos de que lodo depende de la instrucción; pero esto es un error, hablando de la instrucción primaria. No negaré que es una instrucción útil é importante; pero forzoso será confesar que no basta. Los niños frecuentan la escuela algunos años, tres ó cuatro á lo más; pero este tiempo no constituye la vida, y el repuesto de esta instrucción no puede bastar para el viaje de una existencia prolongada. Por eso decia yo que la influencia religiosa debia

continuar en la enseñanza superior; y para el pueblo en la ley y en las iglesias.

Pero volviendo á la enseñanza primaria, el niño no es tan sólo un ser ignorante, sino un ser inclinado al mal y á la resistencia. La escuela disminuye algo la ignorancia, pero sólo la religión doma la resistencia y reforma las malas inclinaciones; y digo la *religión* y no tan sólo la *moral*, porque la una no existe sin la otra, y como decia un filósofo francés al primer Cónsul: «Una moral sin religión es una justicia sin tribunales;» y como yo dije en otra ocasión, la moral sin religión es un otoño sin frutos, un invierno sin abrigo. Yo repruebo toda instrucción que ahogue la virtud en el corazón del hombre, en lugar de hacerla subir hasta Dios, única fuente de la vida. La moral por sí sola, eleva al hombre, sí; pero le deja en la tierra bien inferior por cierto á la altura á que le elevó Platón, el casi inspirado precursor del Cristianismo.

Es imposible dar á comprender la moral al joven sin representársela como voluntad de Dios, su criador, ni hacérsela practicar sin apoyarla sobre la religión con los hábitos cristianos. Pero todo el mundo sabe que los niños salen de la escuela sin haber hecho casi nada. La inmensa mayoría sale pronto para atender á necesidades imperiosas que los doblegan hacia la tierra ó en el banco del trabajo, y transcurren los años sin que nada venga á suplir la poca instrucción que han recibido, y que han olvidado bien pronto.

No esperéis, pues, de la escuela y del maestro una nueva humanidad. Los cuatro grandes preceptores del hombre son: la iglesia, la familia, el trabajo y la experiencia. La escuela no es más que una nodriza de la segunda edad, y es pueril decir que trasformará la faz del mundo.

Se ha advertido que en los países donde se hace menos ostentación de la enseñanza primaria, donde se hincha menos de orgullo al preceptor, donde la escuela y la iglesia están unidas y en íntima relación, donde la una enseña á leer y la

otra á comprender, son los países donde está más extendida la instrucción primaria.

La escuela, lejos de ser la reformadora del género humano, no es más que un auxiliar de los padres en los años de la primera infancia; y si desempeña un papel más sublime, más lato y más sagrado, consiste en que es al mismo tiempo un auxiliar para hacer descender al alma de los niños la noción de Dios, de la inmortalidad y del deber. Merced á esta circunstancia, la escuela es santa y el maestro respetado: sin ella la escuela es la máquina de balbucear y el maestro un expendedor de alfabetos.

Respecto á la enseñanza de las niñas, siempre se convino en que los institutos de religiosas eran utilísimos. No queremos, se gritó, órdenes contemplativas: pues bien, os daremos órdenes activas, y se dieron; pero ya, por algunos, también las órdenes activas se miran con desvío.

Se quejan de que los pueblos son pobres, es cierto; pero la Iglesia quiere darles una educación que no cuesta casi nada.

Exclaman: demos costumbres á la democracia; restauremos la familia; pero la Iglesia emplea vírgenes en preparar esposas y santas en preparar madres, y tanto bien no se agradece.

Vengan títulos é investiduras, se dijo hace algunos años; sin éstas y sin aquellos no se permite enseñar á las religiosas: esto es lo que algunos querían, y esperaban que con estas trabas muchas santas mujeres renunciassen á la enseñanza. Es preciso separar la religión de las escuelas. Esta es la gran tesis de algunos soñadores, y para explanarla emplean la novela y un torrente de folletines. Toman un ademan austero y dicen: mirad lo que os hacéis; si formáis mujeres religiosas para hombres impíos, preparáis el cisma en la familia. ¡Donosa razón por cierto! Es como si dijéramos: si educáis solteras ricas para maridos pobres, creáis la desigualdad en la familia. A esto daré una respuesta muy sencilla: enriqueced también á los maridos si podéis. ¿Se habla así en nombre de los maridos?

No por cierto. El marido que no cree, está muy contento de que crea su mujer. ¿Se habla así en nombre de los padres? No, porque los padres que han tenido la desdicha de educarse en malos tiempos, quieren que sus hijos crean. ¿Se habla así en nombre de los preceptores? No, porque si se quita á la misión de éstos la nobleza y la santidad de la enseñanza, se les reduce al mezquino papel de alfabetistas, y si no se les deja el consuelo de creer que hacen algo por las almas, se destruye el resorte de su valor y la recompensa de su afán y sus desvelos.

En esto y en lo demás que llevo dicho no aludo á los sabios, cualquiera que sea su color político; no á los dignos maestros del estado secular que enseñan en nuestras universidades; no á los escritores concienzudos y que merecen bien de la patria: aludo á ciertos publicistas superficiales que se permiten indicaciones contra la influencia religiosa en la enseñanza primaria, en la secundaria y superior; á los que claman por rutina contra males que han dejado de existir, sin tomarse nunca el trabajo de hacer un examen profundo del corazón humano y de la benéfica influencia de la religión en las sociedades humanas. Mientras que esos declamadores rutinarios se entretienen en impugnar esta influencia saludable, cien millones de seres humanos en Europa trabajan, y después de trabajar se retiran á una buhardilla ó cabana para continuar el día siguiente su trabajo, y en esta vida monótona y en estas inteligencias toscas, ¿qué rayos consoladores habrán caído desde la cuna hasta el sepulcro? Siendo niños quisieron jugar, y la religión les dijo: «no, hijo mió, es preciso trabajar;» siendo jóvenes quisieron gozar, y la religión les dijo: «sed puros;» á los cuarenta años quisieron enriquecerse, y la religión les dijo: «aprobidad, calma y templanza;» á los sesenta quisieron desesperarse, y la religión les dijo: «tranquilízate y espera con confianza los bienes inmortales.»

En efecto, no hay en la tierra más que una voz que diga

esto con ternura y persuasión á los millones de trabajadores que padecen, y esa es la voz de la religión.

Quitad esto, quitad ese crucifijo, y la vida humana no será más que un horror espantoso y la tierra la mansión de los suplicios.

Además: esos hombres que hablan contra la influencia religiosa, no se hacen cargo de que esa influencia es necesaria hoy más que nunca. En días de despertamiento material es indispensable el despertamiento moral: si se despertase tan sólo la materia, su triunfo sería horrible. Los hombres de Estado lo comprenden así, y nos dicen ya muy alto: «tenemos necesidad de que se moralice á los hombres, y toda su moral es la religión de los pueblos.» Asistimos á una inmensa transformación: el desarrollo de la industria efectúa hoy un nuevo reparto de los hombres; el campesino se siente tentado en el fondo de su aldea por el deseo de cambiar de sitio; el silbido del vapor le llama, y el trabajador, por el estímulo de la codicia y del deleite, pretende volar á la ciudad. Por consiguiente es indispensable fortalecer la conciencia del aldeano impulsado en su cabana, y del jornalero agitado en su taller; y que en sus visiones del porvenir, las santas imágenes de la fé, de la conciencia y la familia, neutralicen poderosamente el influjo de las pasiones que el mundo moderno suscita, y atenúen en cierto modo sus deplorables consecuencias.

La balanza se inclina hacia el mal lado: las pesas son numerosas y enormes en el platillo de la perdición. ¿Y queréis arrancar del otro lado el peso de la influencia religiosa? ¿Esa hojuela de oro recibida deprisa antes de los doce años, pequeño repuesto para todo el viaje de la vida? ¿No es el colmo de la locura separar la religión de la escuela en el momento mismo en que los más terribles atractivos arrancan al hombre de las influencias morales? ¿No os tiembla la mano cuando vais á descargar el último golpe en la última raíz por donde el árbol recibía la savia vivificadora?

186 INTERVENCIÓN DEL CLERO EN LA ENSEÑANZA PÚBLICA.

Me habia propuesto probar la necesidad del elemento religioso en la enseñanza, y creo haber llenado mi objeto. La Academia sabrá dispensarme si en algunos puntos he sido diminuto y en otros extenso en demasía, si hay algún desorden en la exposición de mis ideas, y si en las formas no hay el esmero y dignidad que exige la índole de este cuerpo literario.

MIGUEL SANZ.

•